



Revista Electrónica de Psicología Iztacala



Universidad Nacional Autónoma de México

Vol. 19 No. 1

Marzo de 2016

EL SIGNIFICADO DE VIOLENCIA FÍSICA Y SEXUAL EN JÓVENES UNIVERSITARIOS

Jorge Luis Salinas Rodríguez¹ y Violeta Espinosa Sierra²

Universidad Nacional Autónoma de México.

Facultad de Estudios Superiores Iztacala.

RESUMEN

La medición de la violencia de parejas jóvenes en diversos países ha arrojado datos confusos, contradictorios y difíciles de comparar. El problema es producto de la falta de consenso respecto a la definición de violencia, la variedad de uso de instrumentos que carecen de confiabilidad y validez (Glass, Freland, Campbell, Yonas, Sharp y Kub, 2003, Grumbaum, Kann, Kinchen, Williams, Ross, Lowry y Kolbel, 2002). El problema es que no se toma en cuenta el significado que dan los encuestados al concepto de violencia de pareja y a los actos que son parte de ella para construir instrumentos con mayor confiabilidad interna. El objetivo del presente estudio fue determinar el significado de violencia física y sexual en estudiantes universitarios a través de las Redes Semánticas Naturales. Se usó la técnica con 225 estudiantes de nivel profesional (144 mujeres y 81 varones). Se encuentra que las mujeres asocian la violencia física y sexual al poder y control. Los varones asociaron la violencia física a la agresión y la violencia sexual a una forma que atenta contra su identidad de género. Se sugiere el uso de definidoras generadas por cada género para elaborar instrumentos de medición y evaluación de la violencia en parejas jóvenes.

Palabras clave: Violencia física, sexual, significado, noviazgo, Redes Semánticas Naturales.

¹ Maestro en Modificación de Conducta. Profesor de tiempo completo del Área de Psicología Clínica de la Carrera de Psicología en la FES Iztacala. Correo Electrónico: jluis@unam.mx

² Licenciada en Psicología. Profesora de Asignatura del Área de Psicología Clínica de la Carrera de Psicología en la FES Iztacala. Correo electrónico: unamvio@gmail.com

THE MEANING OF PHYSICAL AND SEXUAL VIOLENCE IN COLLEGE STUDENTS

ABSTRACT

The measurement of the violence of young couples, in various countries, has provided confusing, contradictory and difficult to compare data. The problem is due to lack of consensus on the definition of violence, the range of use of instruments that lack of reliability and validity (Glass, Freland, Campbell, Yonas, Sharp y Kub, 2003, Grumbaum, Kann, Kinchen, Williams Ross, Lowry y Kolbel, 2002). The problem is not taken into account the meaning that respondents give to the concept of dating violence and acts that are part of it to build instruments with greater internal reliability. The aim of this study was to determine the significance of physical and sexual violence in university students through the natural semantic networks. 225 technical professional level students (144 women and 81 men) was applied. It is found that women associate physical and sexual violence to power and control. Males physical violence associated with aggression and sexual violence as a way that undermines their gender identity. Defining generated using gender to develop tools for measuring and evaluating violence in young couples is suggested.

Keywords: physical violence, sexual, meaning, courtship, natural semantic networks.

La violencia en las relaciones de jóvenes que sostienen un noviazgo ha tomado mayor importancia en las dos últimas décadas debido a las consecuencias en la salud y el bienestar social e individual de ellos (Makepeace, 1981). Además, se ha considerado que la violencia en el noviazgo (dating violence) puede ser un precursor de una violencia continuada y más grave en la etapa de matrimonio (González-Ortega, Echeburúa y Corral, 2008).

Las primeras estadísticas llevadas a cabo por Makepeace desde 1981, respecto a la violencia en la etapa de noviazgo, demostraron que este fenómeno estaba más extendido de lo que se creía: uno de cada cinco estudiantes habían experimentado al menos un incidente de abuso físico y el 61 por ciento de su muestra reportó conocer a alguien personalmente que ha experimentado violencia en el noviazgo. Desde esa fecha, hasta la actualidad, se ha tratado de replicar los hallazgos con resultados muy plurales y disímolos en diversas partes del mundo.

En México, hasta ahora el estudio más relevante lo ha llevado a cabo el Instituto Mexicano de la Juventud, en 2007, a través de la Encuesta Nacional de Violencia en las Relaciones de Noviazgo (ENVINOV) con una muestra de siete millones de jóvenes mexicanos de ambos sexos, con edades entre los 15 y 24 años. El 76 por ciento de la muestra manifestó haber sido víctima de violencia psicológica, mientras que el 15 por ciento indicó haber experimentado al menos un evento de violencia física; también, un 16.5 por ciento de las jóvenes manifestó haber sufrido violencia sexual. En estos resultados llama la atención la alta tasa porcentual de violencia psicológica que se reporta, dado que los jóvenes identifican más fácilmente las agresiones físicas y sexuales que las psicológicas (Jouriles, Garrido, McDonald y Rosenfield, 2009). El rango de edad comprendido en diferentes muestras de estudio ha sido desde los 14 años hasta los 24.

Las consecuencias identificadas para quienes han sufrido violencia de su pareja son trastornos depresivos, inseguridad, sentimientos de culpa, aislamiento, bajo rendimiento académico e incremento del riesgo de abuso de sustancias (Wolfe, Wekerle, Scott, Straatman, Grasley, y Reitzel-Jaffe, 2003). Al igual que en otras partes del mundo, la investigación de la violencia en el noviazgo no ha sido fácil de medir en cuanto a su prevalencia, asimismo ocurre con la obtención de datos para determinar las variables y factores asociados a su génesis y mantenimiento; lo que se refleja en la dificultad para hacer comparaciones y replicación de resultados en cada país, población y cultura que se ha estudiado. La medición se ha llevado a cabo utilizando instrumentos hechos ex profeso, o bien algunos validados con poblaciones de adultos que se extrapolan a los jóvenes. Sin duda, las características propias de una población en la etapa joven difieren en muchos sentidos de las relaciones entre adultos.

No podemos negar que, en efecto, existen algunos rasgos comunes entre la violencia de parejas adultas y de jóvenes pero, ésta última, se trata de un fenómeno que tiene sus propias particularidades. La violencia en el noviazgo puede ser cuantitativa y cualitativamente diferente de aquellas ejercidas en edades adultas. En primer lugar, las relaciones de pareja de adultos difieren fundamentalmente de las parejas jóvenes porque éstas ocurren en una etapa del

desarrollo muy distinta; lo cual se refleja en la gran frecuencia de agresiones que pueden deberse, efectivamente, a aspectos socioculturales, pero también a otras muchas variables como la impulsividad, la emocionalidad o la falta de autocontrol, muy característica de estas edades (Samper, Aparici y Mestre, 2006). En segundo lugar, el significado (Williams, Ghandour y Kub, 2008), el compromiso (Thompson-Hayes y Webb, 2004) y la duración o estabilidad de las relaciones de los adolescentes son distintas a las de los adultos, pues tienden a ser más breves o inestables, pudiéndose hallar incluso patrones cíclicos en cuanto a su rompimiento y reanudación (Dailey, Pfiester, Jin, Beck y Clark, 2009). En ese mismo orden de ideas, desde un enfoque macro social, se asume que a estas edades, por muy tempranas que sean, los estereotipos de género sobre lo que deben ser un hombre y una mujer ya se habrían interiorizado, así como también las expectativas sociales para cada uno de ellos (Valdez-Santiago Ramírez, Rojas, Hidalgo y Ávila, 2007).

También, las dinámicas de dominación y poder en las relaciones de parejas jóvenes difieren de aquellas que ejercen los adultos ya que, entre otros factores, el desarrollo de habilidades sociales o la influencia de los compañeros (Mulford y Giordano, 2008) podrían favorecer que estas relaciones sean más igualitarias (Castro y Casique, 2010).

Asimismo, los adolescentes raramente tienen dependientes económicos, responsabilidades paternas o contractuales (Rodríguez, Antuña y Rodríguez, 2001), ni se habrían establecido pautas de dependencia económica de la mujer hacia el hombre en casi la totalidad de las parejas (Castro y Casique, 2010), implicando que los factores ligados a la dominancia y el estrés no se encuentran presentes. Por ende, es más difícil hallar violencias más propias de contextos domésticos, maritales o de cohabitación como es el control financiero, o así como la gravedad o cronicidad de agresiones o perfiles patológicos de víctimas y agresores (Echeburúa, Fernández-Montalvo y Corral, 2008). En consecuencia, y aunque ciertamente pueden existir casos con agresiones graves, en general se podría esperar una menor gravedad en las lesiones sufridas en comparación con

vínculos más estables como los formados en edades adultas (Shorey, Stuart y Cornelius, 2011).

En líneas generales, podría caracterizarse a la adolescencia por “los cambios biológicos significativos, por una posición social intermedia entre el niño y el adulto en cuanto a estatus social, ya que el adolescente continúa siendo un escolar, depende económicamente de sus padres, pero posee potencialidades psíquicas y físicas muy semejantes a las de los adultos” (Domínguez, 2008; p. 74). No obstante, la idea de adolescencia tendría que considerar a adolescentes que difieren entre sí en función de variables como sexo, edad, carácter, ambiente económico, familiar o social (Castillo, 2003). Sirva como ejemplo que los rangos de edad en que se colocaba a esta etapa han variado considerablemente, de tal forma que algunos autores consideran que ocupa un espacio temporal entre los once y veinticinco años (Burton, Halpern-Felsher, Rankin, Rehm y Humphreys, 2011).

Es claro que la medición y explicación de la violencia de parejas jóvenes no puede ser hecha con base en los mismos criterios, consideraciones conceptuales y cuestionarios que son utilizadas con poblaciones de adultos. La medición de la prevalencia de la violencia en jóvenes es relativamente diferente a la de parejas adultas que conviven en un mismo lugar.

Otro aspecto que dificulta la obtención de datos verificables y comparables en una localidad o a nivel internacional corresponde a la definición de “violencia”. Ésta ha sido definida de múltiples maneras. Por ejemplo, Corsi (1994) señala que... “la violencia es siempre una forma de ejercicio del poder mediante el empleo de la fuerza (ya sea física, psicológica, económica, política) [...] e implica la existencia de un “arriba” y un “abajo”, reales o simbólicos [...] En el ámbito de las relaciones interpersonales, la conducta violenta es sinónimo de abuso de poder, en tanto y en cuanto el poder es utilizado para ocasionar daño a otra persona” (pp. 23-24). Litke (1992), siguiendo la misma línea de argumentación, plantea que el elemento central de la violencia es la “negación de la capacidad de la persona” (p.164), por lo que el uso del término violencia debe condenar el hecho de que alguien reduzca o anule total o parcialmente la capacidad de una persona para actuar e

interactuar, tanto con respecto a su integridad física como en su capacidad para adoptar decisiones. De esta manera, la violencia genera desintegración o dispersión de la persona sujeta a ella. Estas definiciones enfatizan el ejercicio del poder, el daño y la anulación de los derechos de la otra persona, así como sus consecuencias, tanto objetivas como subjetivas; sin embargo, son tan amplias que no permiten identificar aquellas acciones y actitudes que son percibidas como violencia por uno de los miembros de la pareja. Es un vacío que se llena a través de la consideración de los investigadores e instituciones que se interesan por el tema, o partiendo de los datos obtenidos con poblaciones de adultos.

Las definiciones más actuales, directamente relacionadas con el estudio de la violencia en el noviazgo, sólo hacen mención de “actos que generan daño” (físico, emocional y/o psicológico) y que guardan un sentido funcional. Por ejemplo, Castro y Casique (2010; p. 22) definieron la violencia en el noviazgo como: “todo acto, omisión, actitud o expresión que genere, o tenga el potencial de generar daño emocional, físico o sexual a la pareja afectiva con la que se comparte una relación íntima sin convivencia ni vínculo marital”. De igual manera, Close (2005) definió la violencia en el noviazgo como aquella en donde ocurren actos que lastiman a la otra persona, en el contexto de una relación en la que existe atracción y en la que las dos personas implicadas “tienen citas”; muchos otros autores han enfatizado los aspectos muy similares (por ejemplo Sugarman y Hotaling, 1989). Siendo más específicos en su definición, Anderson y Danis (2007) presentaron una definición más inclusiva de violencia en el noviazgo: “la amenaza real o uso de abuso físico, sexual o verbal por un miembro de una pareja no casada con otro miembro en el contexto de una relación de noviazgo” (p. 88). Esta definición es un reflejo de un acuerdo más amplio entre investigadores del que se desprende que hay tres tipos de violencia en el noviazgo: maltrato físico, psicológico y sexual.

La definición seleccionada para hacer la investigación y/o estudio evidentemente tendrá un impacto importante en los resultados, considerando que ésta delimita los contenidos que se seleccionan para hacer los reactivos que se utilizan en cada encuesta que se elabore y aplique, lo cual explica la disparidad en los datos

obtenidos con diversas poblaciones y la consecuente dificultad en la replicación de las tasas de prevalencia obtenida. La carencia de consenso respecto a una definición operacional de la violencia, y en particular en el noviazgo, ha creado contenidos plurales y dispersos respecto a la prevalencia de la violencia de parejas. La violencia en el noviazgo es un término vago que puede incluir muchas cosas como son las amenazas, el abuso verbal o la agresión física, entre otras. Se puede entender que, debido a dicha ambigüedad, las tasas de violencia en el noviazgo fluctúan dependiendo del criterio definicional utilizado en una investigación particular (Ismail, Berman, y Ward-Griffin, 2007).

Como se planteó previamente, una crítica importante en la investigación de la violencia en el noviazgo es la selección y uso de mediciones. Se han creado y desarrollado múltiples instrumentos, muchos de ellos validados en diversos países, incluido México, pero el que ha sido confiabilizado y validado internacionalmente de manera amplia es la Escala de Tácticas de Conflicto y la Escala de Tácticas de Conflicto Revisada (Conflict Tactics Scale; Strauss, 1979; Revised Conflict Tactics Scale (Straus, Hamby, Honey-McCoy, Sugarman, 1996). Estas escalas, aunque son confiables y válidas, son consideradas una medida abrumadora de la conducta violenta. En la literatura, existe una tendencia generalizada a operacionalizar la conducta violenta de acuerdo a los contenidos de las escalas mencionadas, o también se elabora una versión abreviada de las mismas. Aunque las mediciones subsecuentes derivadas de la escala original son adaptadas al idioma y cultura en que se lleva el estudio, no se dejan de incluir otras manifestaciones de la violencia en la pareja, modificando así las propiedades psicométricas de la escala completa. Desafortunadamente, los investigadores no reportan sistemáticamente los cambios que hicieron y la interpretación se hace difícil. De esta manera, los tipos de conducta incluidos en la medición y el análisis posterior afectan la tasa de incidencia obtenida y, como resultado, la comparación entre estudios es difícil y se obtienen resultados dudosos.

Otro factor importante, que no permite la replicación de los datos obtenidos en la violencia de parejas jóvenes, es que no se toma mucho en cuenta el género de los encuestados, en donde los sesgos de información son inevitables. Los hombres y

las mujeres a menudo presentan diferentes estilos de reporte y los investigadores generalmente están de acuerdo en que el género puede afectar el reporte de un individuo sobre la violencia que recibe (Caetano, Field, Ramisetty-Mikler, y Lipsky, 2009; Caetano, Schafer, Field, y Nelson, 2002; Dobash y Dobash, 2004). En este aspecto, la deseabilidad social de los individuos bajo estudio juega un papel importante que se concreta en el subregistro de conductas violentas (por ejemplo, en caso de los varones ante la violencia de la mujer hacia él) y/o cuando socioculturalmente se ha penalizado moralmente la violencia hacia la mujer se tiende a reportar menor frecuencia.

En suma, la variación en las cifras de prevalencia principalmente se relaciona con la falta de consenso respecto de la definición de violencia, con el tipo de instrumentos de recolección de datos usados y con el tipo de población estudiada (Glass, Freland, Campbell, Yonas, Sharp y Kub, 2003, Grumbaum, Kann, Kinchen, Williams, Ross, Lowry y Kolbel, 2002). Todos los factores mencionados, en conjunto, han imposibilitado la recolección de datos respecto la prevalencia de la violencia en el noviazgo de manera confiable y válida, entre otros. Sin embargo, el factor que destaca es la propia elaboración de los instrumentos de medición, dado que los reactivos desarrollados parten de la definición elegida por los investigadores sesgando las respuestas de los participantes en la encuesta al sugerirles actos que no habían percato en su relación como violentos, o bien les “recuerda” hechos que han ocurrido esporádicamente (Salinas y Espinosa, 2014; Follingstad, 2007), sin que sean significativos para el propio encuestado.

Creemos que es necesario partir de las nociones de violencia, y sus tipos, que las propias poblaciones bajo estudio ya tienen como producto de sus experiencias y, así, elaborar reactivos más relacionados con la realidad proximal y distal de los mismos, dado que contienen la apreciación subjetiva que hacen las víctimas (Kelly, 2004). Disponer de los conceptos y significados que le dan a la violencia los jóvenes en México debe reflejar aquellas experiencias que comúnmente son consideradas por los actores y recipientes del mismo como tal, lo que se espera que ofrezca mayor validez interna a los instrumentos y el desarrollo de reactivos que representen más fielmente dicho fenómeno.

Los estudios cualitativos señalan que para los jóvenes, independiente del género, es el contexto el que determina si una conducta es considerada violenta (Lavoie, Robitaille y Hébert, 2000; Sears, Byers, Whelan y Saint-Pierre, 2006). Sin embargo, también el significado que le dan los individuos como “violencia” a los comportamientos de sus parejas depende de la valoración subjetiva y las consecuencias de la misma. Lo que para un grupo de personas puede ser violencia, para otro no, dependiendo de sus vivencias actuales y pasadas.

Sin duda, el constructo violencia es diferente en diversas sociedades, incluso entre los diversos grupos sociales que conforman cada una de ellas. La definición de los componentes de la violencia para un grupo y cultura tiene que pasar, al menos inicialmente, por los significados que los individuos bajo estudio dan a comportamiento y consecuencias que se asocian al concepto, conforme a su contexto. De esta manera, proponemos que es necesario desarrollar cuestionarios que midan la violencia iniciando con la identificación de la representación y organización conceptual que los jóvenes dan a la misma; así, los contenidos de los reactivos tenderán a ser “significativos” para la población bajo estudio.

Existen pocos estudios de corte cualitativo que aborden la violencia en el noviazgo para determinar qué comportamientos y actitudes se constituyen como tal. Una alternativa es obtener, a partir de una muestra poblacional, aquellos comportamientos que, para ellos, significan “violencia”. Esta alternativa permitirá la elaboración de reactivos que son más representativos para la población bajo estudio y generar, a su vez, una imagen de la percepción del mundo y su realidad como la conciben los jóvenes. Al respecto, la técnica de Redes Semánticas Naturales, propuesta por Figueroa, González y Solís en 1981, es una alternativa cualitativa interesante ya que es a través de ésta que podemos obtener los significados que están implícitos en el concepto violencia, así como los tipos de ella que han sido identificados: física, psicológica y sexual.

Las Redes Semánticas Naturales parten de la premisa de que los individuos producen información y están en capacidad de almacenarla de manera esquemática a través de representaciones de conceptos asociados a experiencias y que es posible organizarlos de manera rápida y dinámica en forma de redes

(Figuroa, 1976). De esta forma, las Redes Semánticas Naturales permiten capturar los elementos culturales propios de una sociedad o grupo social (Valdez Medina y Reyes Lagunes, 1993); es una técnica que permite la obtención de información respecto a un fenómeno, en este caso la violencia de noviazgo, tal como lo entienden y viven un grupo de individuos dentro de su contexto social y cultural. Los mismos individuos bajo estudio deben aportar el “significado” con base en la organización de la información contenida en la memoria a largo plazo, en forma de red, en donde las palabras y eventos forman relaciones, las cuales como conjunto, dan el significado (Reyes Lagunes, 1993).

Las Redes Semánticas Naturales es una herramienta útil para el estudio del significado que tienen ciertas palabras o expresiones en un grupo social determinado; en este caso los tres diferentes tipos de violencia de pareja. En teoría, dicha técnica permite comparar dos o más grupos de acuerdo con el significado que le asignan los mismos a conceptos claves en el tema de interés. También es posible estudiar un grupo humano de acuerdo con los significados que le asigna a varios conceptos (González y Valdez, 2005), tal como es el caso de los tipos de violencia identificados.

Con base en la explicación de Mora, Palafox, Valdez y León (1984, citado por Reyes Lagunes 1993), podemos afirmar que la red semántica del concepto, “violencia”, así como sus tipos, es aquel conjunto de conceptos elegidos por la memoria a través de un proceso reconstructivo y que esa estructura y organización deben permitir un plan de acción al individuo, así como la evaluación subjetiva de los eventos, acciones u objetos que incluye la determinación de la pertenencia de algunos eventos a una clase específica denominada “violencia”. Esto producirá el significado psicológicos que Szalay y Bryson (1973; citado por Figuroa, González, y Solís, 1981), postulan es la unidad fundamental de la organización cognoscitiva, compuesta de elementos afectivos y de conocimiento, que crean un código de reacción y reflejan la imagen del universo que tiene la persona y cultura subjetiva.

Reyes Lagunes (1993), ya señalaba que para elaborar instrumentos cuantitativos se requiere tener las siguientes consideraciones, sobre todo para la validez interna del mismo:

1. Un instrumento de medida debe ser, contener y obtener una muestra representativa de comportamientos en las que se refleja la característica o atributo que se desea medir;
2. Las manifestaciones comportamentales, aunque contienen cierto sustrato común universal tienen características culturalmente específicas y que;
3. El significado tiene una función mediadora entre el objeto y el comportamiento.

De esta manera, consideramos que las Redes Semánticas Naturales es una herramienta metodológica que nos permite obtener de primera mano la opinión de la muestra que se ha de encuestar y, a partir de ella, elaborar los reactivos que han de ser incluidos en el instrumento. Creemos que es necesario trascender la elaboración de reactivos por medio de diversas definiciones de violencia y la validación por medio de “expertos”; lo cual se pretende lograr considerando las ideas del concepto “violencia física y violencia sexual” que tiene la población que será encuestada. Este trabajo es sólo una parte de uno más extenso que implicará la elaboración de un instrumento corto de medición de la violencia en jóvenes, su validación y confiabilidad, contrastándolo con otros instrumentos validados internacionalmente.

Con base en las consideraciones previas, el objetivo del presente trabajo es identificar los componentes actitudinales y comportamentales que están asociados al significado de violencia, particularmente la física y sexual en un grupo de jóvenes estudiantes. Por cuestión de espacio, nos centramos en el presente trabajo solamente en el significado de violencia física y sexual, que son las que más se han medido y ya que un trabajo previo de los autores abordó el tema de la violencia psicológica (véase Salinas y Espinosa, 2014).

MÉTODO.

Participantes.

Participó una muestra de 225 estudiantes de nivel profesional, elegidos de manera no probabilística, de tipo intencional (Kerlinger y Lee, 2002). Los estudiantes que participaron fueron de una universidad pública que cursaban los ciclos dos, cuatro, seis y ocho de las carreras de Psicología, Medicina y Optometría. La muestra se conformó por 144 mujeres y 81 varones cuyo rango de edad fue entre los 18 y los 26 años para las primeras (mediana=21) y entre los 18 y 29 años para los segundos (mediana=21). El criterio de inclusión para los participantes comprendía: a) que consideraran haber experimentado algún tipo de violencia por parte de su pareja y; b) tener una relación de noviazgo que tenga duración estable mayor a seis meses.

Instrumento.

Como instrumento se usa la técnica de Redes Semánticas Naturales (Figuroa y cols, 1981; Valdez y Reyes Lagunes, 1993; Valdez, 1998) que consistió en:

- a. Definir una palabra estímulo con 10 palabras sueltas, que pueden ser verbos, adverbios, sustantivos, adjetivos, pronombre, entre otros, intentando no utilizar ninguna partícula gramatical (artículos o preposiciones).
- b. Jerarquizar todas y cada una de las palabras que se dieron como “definidoras”, poniéndole el número 1 a la que se considera como la más importante, más relacionada, cercana, o que mejor define a la palabra estímulo; el número 2, a la que sigue en importancia; el 3 a la siguiente y así sucesivamente, hasta terminar de jerarquizar todas y cada una de las palabras dadas como definidoras.

Se utilizó una hoja individual de recolección de definidoras con los conceptos: “Violencia física” y “Violencia Sexual”, asimismo contenía la palabra “manzana” como estímulo neutro.

Para obtener los datos sobre las variables sociodemográficas se empleó un cuestionario anexo a la prueba principal. Este cuestionario incluía información sobre la edad, sexo y escolaridad actual de los participantes y si habían tenido alguna experiencia de violencia con su pareja en los últimos 12 meses y de qué tipo era.

PROCEDIMIENTO.

La selección de la muestra de participantes se hizo de acuerdo a la disponibilidad de los grupos que tomaban clases en el horario matutino y vespertino en el periodo de un semestre y de acuerdo a la disposición de cada integrante a participar. Con la anuencia del profesor en turno, se aplicó en el salón de clases. Inicialmente, se les explicó que estábamos interesados en obtener algunas palabras clave que definieran para ellos lo que era violencia física y sexual; se aclaró que era indispensable para su participación en el estudio que tuviera pareja actualmente, con una duración mínima de seis meses. Una vez que accedieron a participar, se les proporcionó una carta de consentimiento informado para su firma y se les enfatizó que estaban en libertad de retirarse cuando ellos lo quisieran sin terminar la prueba. En cada estímulo proporcionado se les enfatizó a los participantes que tuvieran en cuenta el término “violencia de parte de su pareja”. En seguida se les entregó el instrumento con los estímulos “Manzana”, “Violencia física” y “Violencia sexual”. Una vez que todos los participantes tenían su hoja con los conceptos, se les dijo que se iba a empezar con un ejercicio previo que les clarificaría la tarea a llevar a cabo. Se les señaló que la palabra “Manzana” representaba un concepto que implican varias propiedades que la definen como: roja, fruto, entre otras, que deberán encontrar 10 palabras que más la definieran o se relacionen con ella. Se les dio un tiempo de dos minutos en promedio para que lo anotaran en la hoja. Posteriormente, se les solicitó que lean sus definidoras y le asignen un número en función de la relación, importancia o cercanía que consideren que tienen para el estímulo “Manzana”; esto es, indicándoles marquen con el número uno a la palabra más cercana o relacionada con el estímulo, con el dos a la que sigue en importancia y así sucesivamente hasta terminar de jerarquizar cada una de las palabras o conceptos producidos. Se les preguntó si había dudas y, si las había, se contestaban. En seguida, se les pidió que leyera la siguiente palabra estímulo (“Violencia física”) y se les pidió que hicieran lo mismo que en el ejercicio anterior, dando para ello un promedio de tres minutos y se procedió a pedirles que hicieran la jerarquización. De igual manera, se procedió

con el concepto de “Violencia sexual”. Cuando terminaron, se les dio las gracias por su participación y se recogieron las hojas.

RESULTADOS.

Se procesaron los datos en hojas de Excel de la versión Office 10 de Microsoft y se procedió a su calificación para obtener un estimado del significado de los dos estímulos. Los conceptos obtenidos fueron analizados de acuerdo con los parámetros propuestos por Figueroa, González y Solís (1981) para las Redes Semánticas Naturales, que son los valores J, M, grupo SAM, FMG y G, que se definen de la siguiente manera:

1. Riqueza de la Red (Valor J), que refleja la cantidad de definidoras generadas por los 225 estudiantes en cada uno de los tres conceptos (tipos) de violencia de pareja.
2. El valor M (Peso Semántico): Es el peso semántico de cada una de las definidoras, obtenido a través de la suma de la ponderación de la frecuencia por la jerarquización asignada el grupo donde los unos (más cercano) son multiplicados por 10, los dos por nueve, los tres por ocho y así hasta llegar al ordenamiento 10 que es multiplicado por uno. Representa la significatividad que tienen los conceptos manifestados por los y las estudiantes.
3. Conjunto SAM (o Núcleo de la Red). Conformado por las 10 definidoras con Pesos Semánticos más altos para el análisis. Este conjunto indica las definidoras fundamentales en la red de la muestra.
4. El valor FMG (Distancia Semántica Cuantitativa). Se obtuvo asignándole a la definidora con peso semántico más alto el 100% y produciendo los valores que siguen a través de una regla de tres simple a partir de ese valor. Este valor, representa la organización dinámica de los conceptos alrededor del nodo central representado por el 100%.
5. Índice de Consenso Grupal (ICG). Se obtuvo a través del porcentaje total de las definidoras en las que concuerdan los sujetos de los diversos grupos; en este caso, por género. Presentamos los resultados para cada tipo de violencia, iniciando con la física, seguida de la económica-patrimonial y, finalmente la sexual.

Por razones de espacio, se reportan en detalle los valores del conjunto SAM (las 10 definidoras con mayor peso semántico) y FMG (organización de las definidoras en relación al nodo principal) para cada género, por separado.

Respecto a las mujeres, el valor J (tamaño de la red) fue de 116 conceptos diferentes generados y el concepto que mejor define la violencia física son los “golpes” (FMG de 100 %). Las demás definidoras son periféricas al nodo central, considerando la gran distancia que hay con respecto a él. (Véase Tabla 1).

Grupo Mujeres		
Definidoras	M	FMG
Golpes	613	100.00%
Moretones	276	45.02%
Jalones	184	30.01%
Dolor/Lastimar	159	25.93%
Empujar	138	22.51%
Patadas	133	21.69%
Sumisión/control	124	20.22%
Pellizcos	119	19.41%
Cachetadas	104	16.96%
Sacar Sangre	101	16.47%

Tabla 1. Conjunto SAM Violencia Física Mujeres.

En el caso de los varones respecto a la violencia física la tabla 2 muestra el conjunto SAM con las 10 definidoras más importantes. Inicialmente, el grupo varones generó un total de 73 conceptos (Valor J o tamaño de la red). El nodo central está definido por el concepto “golpes” y como definidoras periféricas el resto de los conceptos, sin que haya secundarias, considerando la distancia semántica que media con el primer concepto. Las definidoras “jalones”, “moretones” y “patadas” (puntapiés) se aglutinan en un bloque con distancias

semánticas relativamente homogéneas entre ellas, aunque muy alejadas del nodo central “Golpes”.

Grupo Hombres		
Definidoras	M	FMG
Dar Golpes	252	100.00%
Jalones	93	36.90%
Moretones	81	32.14%
Patadas	79	31.34%
Cachetadas	71	28.17%
Aplicar Fuerza Física	67	26.58%
Sacar Sangre	58	23.01%
Pellizcar	41	16.27%
Empujar	36	14.28%
Morder	35	13.88%

Tabla 2. Conjunto SAM Violencia Física Varones.

El índice de consenso (ICG) grupal para los dos géneros es de 70 %, lo cual se puede considerar un alto acuerdo respecto a lo que ambos consideran violencia física.

Con respecto al concepto “Violencia sexual” (ver tabla 3), las mujeres generaron un total de 61 conceptos diferentes (Valor J, o tamaño de la red) y la definidora que más se repitió fue “Sentir impotencia” que constituye el nodo principal. Alrededor del nodo principal, “Manosear” y “Engaños” constituyen los núcleos secundarios, seguido de “Menosprecio Sexual”. Como nodos periféricos se aglutinan los conceptos “Violación”, “Palabras obscenas” y “Manipulación”, considerando su valor FMG (distancia semántica).

Grupo Mujeres		
Definidoras	M	FMG
Sentir Impotencia	384	100.00%
Manosear	228	61.12%
Engaños	152	60.32%
Menosprecio Sexual	161	43.16%
Violación	117	31.36%
Palabras obscenas	111	29.75%
Manipulación	81	21.71%
No usar preservativo	73	19.57%
Sin caricias	71	19.03%
Emociones rudas	70	18.76%

Tabla 3. Conjunto SAM Violencia Sexual Mujeres.

En el caso de los varones, el concepto “Violencia sexual” (ver tabla 4) generó un total de 49 definidoras (Valor J o Riqueza de la Red) y el núcleo central es la definidora “Forzar”, seguido de “Chantajear” como única definidora secundaria. Las definidoras periféricas que se aglutinan de acuerdo con su distancia semántica (FMG) son “Chantajear e “Incitar y negarse”. El índice de consenso grupal (ICG) entre hombres y mujeres respecto a “Violencia Sexual” fue de 20, el cual se considera bajo.

Grupo Hombres		
Definidoras	M	FMG
Forzar	158	100.00%
Chantajear	110	69.62%
Incitar y negarse	63	39.87%
Manosear	59	37.34%
Humillar	46	29.11%
Indiferencia	44	27.84%

Sexo por conveniencia	38	24.05%
Infidelidad	37	23.41%
Tristeza	20	12.65%
Fingir placer	20	12.65%

Tabla 4. Conjunto SAM Violencia Sexual Varones.

ANÁLISIS Y DISCUSIÓN

En la presente investigación, se pudo observar que los conceptos de violencia física contienen elementos compartidos por los dos géneros y que se manifiesta en el alto índice de consenso grupal (ICG=70 por ciento). Tanto las mujeres como los varones tienen la concepción de que los Golpes (Nodo Central) definen la violencia física. Sin embargo, los varones muestran un matiz muy peculiar pues añaden el verbo “Dar”, de lo cual se desprende que no hacen referencia necesariamente, o únicamente, a ser receptáculo de los mismos, sino a ser los actores activos que los emiten en contra de su pareja. Es posible que el verbo “dar golpes” implique para los varones una dinámica en la interacción de pareja y una manera de auto censura, en donde influye la descalificación que se nutre socioculturalmente en la actualidad de que golpear a una mujer es altamente cuestionable moralmente. Para las mujeres no obstante, es el concepto “golpes” es el que define claramente lo que significa violencia física.

Este resultado concuerda con la investigación que llevaron a cabo García-Villanueva, De la Rosa-Acosta y Castillo-Valdez (2012), en donde investigaron los elementos semánticos del significado de violencia en estudiantes de Bachillerato en México. Los autores mencionados encuentran que el nodo central son los golpes, seguidos de otros conceptos que refieren a la violencia física (Moretones, lastimar), la psicológica (maltrato, insultos, groserías) y sexual (violación); es importante notar que su investigación tuvo el objetivo de indagar la Red Semántica Natural para el concepto Violencia de pareja en general. Las diferencias con el presente estudio son debidas al significado del concepto que se estudió y al tipo

de población, ya que mientras su muestra fue compuesta por estudiantes de bachillerato los de la presente investigación fueron de licenciatura. Debemos recordar que las definidoras obtenidas se encuentran enmarcadas dentro de un contexto social que se ve modificado de acuerdo con los grupos de pertenencia y de referencia desde los que se van construyendo los propios significados compartidos e interiorizados como representaciones del medio en el que se desarrollan.

Al hacer un análisis más detallado de la configuración de la Red Semántica para las mujeres respecto a la violencia física, encontramos que ellas relacionan los golpes con productos psicológicos (por ejemplo, sumisión/control, lastimar) y físicos de los mismos (moretones, sacar sangre). Por el lado de los varones encontramos que sus elementos definidores son de tipo operacional, ya que, a excepción de "Sacar sangre", hacen referencia a comportamientos concretos y evidentes de lo que para ellos significa violencia física, con poco énfasis en los efectos de la misma en lo psicológico o sus efectos en el cuerpo. Se puede afirmar que, para la mujer en esta población, la violencia física es identificada primordialmente por sus efectos psicológicos y, posteriormente, por los físicos y el significado evidente es el control que percibe a través de estas manifestaciones provenientes del varón.

Para ambos géneros es fácil la identificación de la violencia física como plantean Jouriles, Garrido, Rosenfield y McDonald (2009), pero el significado no es exactamente el mismo para ambos cuando se observa el orden de las definidoras y la distancia semántica entre ellas. Las diferencias estriban en el sentido psicológico de la violencia en el caso de las mujeres que apuntan hacia el control, lograr la sumisión y lastimar, a parte de los efectos físicos de los actos violentos. En cambio, para el varón la violencia tiene el significado relacionado con la producción de actos y efectos concretos sobre el cuerpo; en ningún momento parece existir el significado del control y el lastimar como un fin. Es decir, el varón tiende a percibir las conductas de violencia física de la mujer como agresión y no como forma de control e intención de lastimar. El tamaño de la red (valor J) para el grupo mujeres fue mucho mayor (116 definidoras) que el de los varones (73

definidoras), indicando que las que perciben mejor la violencia física son las mujeres tanto en sus efectos psicológicos como físicos. Los resultados de esta investigación nos señalan que la violencia física con base en el número de definidoras reportadas por cada género y el significado otorgado por ambos es un concepto demasiado ambiguo, lo que apoya la noción de fenómeno complejo y poco delimitado (Signorielli, Gerbner y Morgan, 1995), aunque parezca fácil su identificación por los grupos bajo estudio.

Como refiere McLellan (2002), se necesitan más estudios que se enfoquen en la concepción de los tipos de violencia específicos para las diferentes culturas, ya que, justamente, el entendimiento de lo que se consideran conductas aceptables y su significado provienen del contexto sociocultural de cada país, de cada comunidad, grupo e individuo. Las mujeres son más capaces de asociar a la violencia física, como concepto psicosocial, al poder y la fuerza, mientras que para los varones el concepto psicológico se parece más asociado a la agresión; entendida como aquella que constituye un acto o forma de conducta “puntual”, reactiva y efectiva, frente a situaciones concretas, de manera más o menos adaptada (Berkowitz, 1996). Para algunos autores, la agresividad se caracterizaría por su carácter último positivo, al estar implicada en la búsqueda de soluciones pacíficas a los conflictos, cualidad que la diferenciaría de otros constructos como el de violencia. En cambio, la violencia implica el control y anulación de la persona, estar por encima del otro (Corsi, 1994). El significado que los varones dan a la violencia de las mujeres estaría relacionado con expresiones emocionales que intentan dañar o lastimar en situaciones difíciles y de frustración, pero no con el control y el sometimiento, a diferencia de las mujeres.

Respecto a la violencia sexual, encontramos que las mujeres son las que pueden identificar mayor cantidad de conceptos definidores (riqueza de red o valor $J = 61$) que los varones (riqueza de la red o valor $J = 49$). Para las mujeres el núcleo de la red está dado por la definidora “sentir impotencia” que está relacionada con “manosear” y “engaños”. Parece significativo que “manosear” y “engaños” producen en la mujer sentimiento de desamparo e impotencia y sentirse “utilizadas” como objeto sexual. Se puede observar, nuevamente, que las mujeres

refieren los efectos emocionales y psicológicos ligados a la violencia sexual del varón (por ejemplo, manipulación, violación, entre otras). Las definidoras periféricas parecen ligadas a las definidoras secundarias (manosear y engaños) como es el caso de la conducta sexual violenta (por ejemplo, violación, palabras obscenas, emociones rudas, manipular y no usar preservativo), relacionada con negar el derecho a la elección y ejercicio pleno de sus derechos sexuales.

Para los varones, el núcleo de la red es la definidora “forzar” (a tener relaciones sexuales). La definidora secundaria al nodo central es “chantajear” en donde se puede entender que los varones identifican el forzar a través del chantaje por parte de la mujer, lo cual también implicaría que ellas se nieguen a tener relaciones sexuales. Las definidoras periféricas más relevantes son “incitar y negarse”, “manosear”, “indiferencia”, y “fingir placer parecen” aparecen como desligados del núcleo de la red (forzar) y de núcleo secundario (chantajear), pero relacionados con los efectos emocionales de las conductas implicadas en dichas definidoras.

Los resultados obtenidos en este trabajo señalan que mujeres y varones perciben de diferente manera lo que es violencia sexual y sólo coinciden que para ambos, como receptores, “manosear” es una definidora relevante. Mientras que, para las mujeres, dicha definidora es la segunda en importancia, para los varones es la cuarta y, a diferencia de la violencia física, el varón orienta sus definidoras a los aspectos psicológicos y emocionales (humillar, indiferencia, sexo por conveniencia, infidelidad, tristeza y fingir placer); sería lógico señalar que el aspecto psicológico más afectado descansa sobre el cuestionamiento que implican dichos actos en la “hombria” del varón en una cultura que supervalora la conquista y el sexo como parte que lo identifica.

Sin duda, los resultados pueden ser dramáticamente diferentes si las definidoras que ofrecieron los varones sean utilizadas para desarrollar un cuestionario específico para ellos respecto a la violencia sexual. Recordemos que la Encuesta Nacional de Violencia en las Relaciones de Noviazgo (ENVINOV, 2008), se encontró que 16.5% de las jóvenes señaló haber sufrido violencia sexual, pero no hay datos respecto a la violencia sexual que ejercen las mujeres sobre los varones.

Las definidoras “sentir impotencia” para las mujeres y “forzar” para los varones es el núcleo central del que hablan Wagner, Elejabarrieta y Valencia (1994), y es el que hace posible el entendimiento de un concepto, mientras que las definidoras que se encuentran fuera de éste son los elementos periféricos, que tienen un carácter temporal. Retomando las palabras de Jodelet (2000), se puede observar en el estudio que las definidoras de las redes semánticas para cada género incorporan palabras poco semejantes, lo que hace posible que los individuos puedan entender o catalogar un evento como violento de manera muy diferente, manifestándose la influencia del sexo y la edad.

Consideramos que los resultados obtenidos en este estudio son de alcance limitado para hacer una generalización hacia poblaciones de estudiantes de licenciatura y diversas profesiones debido a la selección sesgada de la muestra, por cual sugerimos seguir ampliarlo con mayor población de niveles de bachillerato.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, K. M., y Danis, F. S. (2007). Collegiate sororities and dating violence: An exploratory study of informal and formal helping strategies. *Violence Against Women*, *13*, 87–100.
- Berkowitz, L. (1996). *Violencia doméstica*. En Leonard Berkowitz, Agresión. Causas, consecuencias y control. Bilbao: DDB. Edición original en inglés 1993.
- Burton, C. W., Halpern-Felsher, B., Rankin, S. H., Rehm, R. S. y Humphreys J. C. (2011). Relationships and betrayal among young women: theoretical perspectives on adolescent dating abuse. *Journal of Advanced Nursing*, *67*(6), 1393-1405.
- Caetano R., Field C, Ramisetty-Mikler S y Lipsky S. (2009). Agreement on Reporting of Physical, Psychological and Sexual Violence among White, Black and Hispanic Couples in the U.S. *Journal of Interpersonal Violence*, *24*(8) 1318–1337.
- Caetano, R., Schafer, J., Field, C., y Nelson, S. (2002). Agreement on reports of intimate partner violence among White, Black, and Hispanic. *Journal of Interpersonal Violence*, *17*, 1308-1322.
- Castillo, G. (2003). *El adolescente y sus retos: la aventura de hacerse mayor*. Madrid: Pirámide.
- Castro, R. y Casique, I. (2010). *Violencia en el noviazgo entre los jóvenes mexicanos*. Cuernavaca: UNAM.
- Close, S. M. (2005). Dating violence prevention in middle school and high school youth. *Journal of Child and Adolescent Psychiatric Nursing*, *18* (1), 2-9.
- Corsi, J. (1994). *Violencia Familiar: Una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social*. Buenos Aires: Paidós. pp. 15-63.
- Dailey, R. M., Pfister, A., Jin, B., Beck, G., y Clark, G. (2009). On-again/off-again dating relationships: How are they different from other dating relationships? *Personal Relationships*, *16*, 23–47.
- Dobash, R. P., y Dobash, R. E. (2004). Women's violence to men in intimate relationships. *British Journal of Criminology*, *44*, 324-349.
- Domínguez, L. (2008). La adolescencia y la juventud como etapas del desarrollo de la personalidad. Distintas concepciones en torno a la determinación de

sus límites y regularidades. **Boletín Electrónico de Investigación de la Asociación Oaxaqueña de Psicología**, *4*, (1), 69-76.

Echeburúa, E., Fernández-Montalvo, J. y Corral, P. (2008). ¿Hay diferencias entre la violencia grave y la violencia menos grave contra la pareja?: un análisis comparativo. **International Journal of Clinical and Health Psychology**, *8*, 355-382.

Figuroa, J. G. (1976). **Estudios de Redes Semánticas Naturales y algunos procesos básicos**. Universidad Nacional Autónoma de México: UNAM. p. 56.

Figuroa, J. G. González, E. G. y Solís, V.M. (1981). Una aproximación al problema del significado: las redes semánticas. **Revista Latinoamericana de Psicología**, *13*, 447-458.

Follingstad, D.R. (2007). Rethinking current approaches to psychological abuse: Conceptual and methodological issues. **Aggression and Violent Behavior**, *12*(4), 439-458.

García-Villanueva, J., De la Rosa-Acosta, A. y Castillo-Valdés, J. S. (2012). Violencia: análisis de su conceptualización en jóvenes estudiantes de bachillerato. **Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud**, *10* (1), 495-512.

Glass N., Freland, N., Campbell, J., Yonas, M., Sharp, P. y Kub, J. (2003). Adolescent dating violence: Prevalence, risk factors, health out-comes, and implications for clinical practice. **Journal of Obstetrics, Gynecologic, Neonatal Nursing**, *32*, 227-237.

González-Ortega, I., Echeburúa, E. y Corral, P. (2008). Variables significativas en las relaciones violentas en parejas jóvenes: una revisión. **Psicología Conductual**, *16*(2), 207-225.

González, E.S. y Valdez M., J.L. (2005). Significado psicológico de la depresión en médicos y psicólogos. **Psicología y Salud**, *15*, (002).

Grunbaum, J.A., Kann, L., Kinchen, S.A., Williams, B., Ross, J.G., Lowry, R., y Kolbe, L. (2002). Youth risk behavior surveillance – United States, 2001. **Journal of School Health**, *72*, 313-328.

Instituto Mexicano de la Juventud e INEGI. **Encuesta Nacional sobre violencia en el noviazgo 2007 [base de datos]. (2007)**. Recuperado de: http://www.imjuventud.gob.mx/contenidos/programas/encuesta_violencia_2007.pdf.

- Ismail, F., Berman, H., y Ward-Griffin, C. (2007). Dating violence and the health of young women: a feminist narrative study. **Health Care of Women International, 25**, 453-477.
- Jodelet, D. (1989). Representations sociales: domain en expansion En: **Denise Jodelet (org) Les représentations sociales**. Paris: PUF.
- Jouriles, E. N., Garrido, E. F., McDonald, R., y Rosenfield, D. (2009). Psychological and physical aggression in adolescent romantic relationships: Links to psychological distress. **Child Abuse and Neglect, 33**, 451-460.
- Kelly, V. A. (2004). Psychological abuse of women: a review of the literature. **The Family Journal, 12**, 383-388.
- Kerlinger, F. N. y Lee, H. B. (2002). **Investigación del comportamiento. Métodos de investigación en ciencias sociales** (4ª ed.). México: McGraw-Hill. p. 124.
- Lavoie F, Robitaille, L. y Hébert, M. (2000). Teen Dating Relationships and Aggression. **Violence Against Women, 1**, 6-36.
- Litke, R. (1992). Violencia y poder. International Social Science Journal. En: Makepeace, J. M. (1981). **Courtship violence among college students. Family Relations, 30**(1), 97-102.
- McLellan, A. T. (2002). Technology transfer and the treatment of addiction: what can research offer practice? **Journal of Substance Abuse Treatment, 22**, 169-170.
- Mulford, C., y P. Giordano. (2008). Teen dating violence: a closer look at adolescent romantic relationships, **NIJ Journal, (261)**, 34-40.
- Reyes Lagunes, I. (1993). Las redes semánticas naturales, su conceptualización y su utilización en la construcción de instrumentos. **Revista Mexicana de Psicología y Personalidad, 9**(1), 81-97.
- Rodríguez, L., Antuña, M. y Rodríguez, J. (2001). Psicología y violencia doméstica: Un nuevo reto hacia un viejo problema. **Acta Colombiana de Psicología, 6**, 67-76.
- Salinas, J., y Espinosa, V. (2014). La definición de abuso psicológico en una muestra de jóvenes universitarios. **Revista Electrónica de Psicología Iztacala, 17**, (1), 58-83.
- Samper, P., Aparici, G. y Mestre, V. (2006). La agresividad auto y heretoevaluada: Variables implicadas. **Acción psicológica, 5**, 155-168.

- Sears, H., Byers, S., Whelan, J. y Saint-Pierre, M. (2006). Adolescents' Ideas About Girls' and Boys' Use and Experience of Abusive Behavior in Dating Relationships. *Journal of Interpersonal Violence*, *9*, 1191-1207.
- Shorey, R., Stuart, G., y Cornelius, T. (2011). Dating violence and substance use in college students: A review of the literature. *Aggression and Violent Behavior*, *16*, 541-550.
- Signorielli, N., Gerbner, G. y Morgan, M. (1995). Violence on television: the Cultural Indicators Project. *Journal of Broadcasting and Electronic Media*, *39*, 278-283.
- Straus, M. A. (1979). Measuring intrafamily conflict and violence: The Conflict Tactics Scales. *Journal of Marriage and the Family*, *41*, 75-88.
- Straus, M. A., Hamby, S. L., Honey-McCoy, S., y Sugarman, D. B. (1996). The revised Conflict Tactics Scales (CTS2): Development and preliminary psychometric data. *Journal of Family Issues*, *17*, 283-316.
- Sugarman, D. B., y Hotaling, G. T. (1989). Dating violence: Prevalence, context, and risk markers. En: A. A. Pirog-Good y J. E. Stets (Eds.), *Violence in dating relationships: Emerging social issues*, pp. 3-31.
- Thompson-Hayes M, Webb, L., M. (2004). Commitment under construction: A dyadic and communicative model of marital commitment. *Journal of Family Communication*, *4*, 249-260.
- Valdez, J. (1998). *Las redes semánticas naturales: usos y aplicaciones en Psicología Social*. México: Facultad de Ciencias. Universidad Autónoma del Estado de México.
- Valdez-Medina, J. L. y Reyes-Lagunes, I. (1993). La construcción de instrumentos de medición a partir de Categorías Semánticas: Un caso ilustrativo: El autoconcepto. *Revista de Psicología Social y Personalidad*, *9*, 57-66.
- Valdez-Santiago, R., Ramírez, J. C., Rojas, R., Hidalgo, E., y Ávila, L. (2007). La violencia durante el noviazgo ¿Cómo la perciben las y los jóvenes en México? En A. del Río (Coord.). *Una Mirada de Género en la Investigación en Salud Pública en México*. México: Secretaría de Salud. pp. 207-215.
- Wagner, W., Elejabarrieta, F. y Valencia, J. F. (1994). Estabilidad en las representaciones sociales de paz y de guerra en dos países. *Revista de Psicología Social y Personalidad*, *10*(2), 123-143.
- Williams, J. R., R. M. Ghandour, and J. E. Kub. (2008). Female perpetration of violence in heterosexual intimate relationships Adolescence through adulthood. *Trauma, Violence, y Abuse*, *9*(4), 227-249.

Wolfe, D.A., Wekerle, C., Scott, K., Straatman, A., Grasley, C., y Reitzel-Jaffe, D. (2003). Dating violence prevention with at-risk youth: a controlled outcome evaluation. ***Journal of Consulting and Clinical Psychology***, **71** (2), 279-91.